

Hacia una nueva Universidad

Andrés Solari Vicente
Martha Landa Mariscal

En este artículo se analiza el proceso de elitización de la educación en México, el notable rezago de la educación básica, sus efectos sobre la educación superior y su nítida desarticulación con su entorno social y económico. Se plantea la necesidad de superar y/o relativizar el esquema de dependencia de la Universidad y de los universitarios frente al Estado, superando la debilidad actual de sus fuerzas internas, mediante el desarrollo de una serie de iniciativas que den lugar a un nuevo tipo de institución de educación superior, que sea capaz de mantener y desarrollar múltiples formas de vinculación con todos los agentes económicos y sociales, dejando únicamente la relación Universidad-Estado como una particular instancia de un mayor y más amplio complejo paquete de engranajes que la Universidad debería crear, desarrollar y manejar por cuenta propia y con personalidad protagónica. Se trata de fundamentar cómo, finalmente, la autonomía debe surgir también de relaciones autónomas con su entorno.

Escuela de Economía,
UMSNH

Un nuevo contexto social exige nuevos planteamientos educativos

¿Podemos transformarla hoy la Universidad? Hace cuatro décadas la respuesta a esta pregunta hubiera sido rotundamente afirmativa y condicionada sólo por un razonamiento: la transformación de la universidad sería posible en forma definitiva sólo después de un cambio profundo del sistema global. Hoy, ante esta misma pregunta surge una gran inquietud y no resulta fácil encontrar la respuesta. Vivimos una época de cambio social acelerado, que abre nuevos cauces y crea condiciones verdaderamente inéditas. No es factible expresar pronósticos convincentes. Encontrar la respuesta obliga a una sistemática búsqueda orientadora. De aquí que, enfrentados a la pregunta sobre las posibilidades de transformar la Universidad, necesitamos algunos elementos que permitan acercarnos al problema. La idea de la transformación de la Universidad nos lleva a dos preguntas adicionales: ¿Por qué es necesario transformarla? ¿Hacia dónde transformarla?

Un breve análisis de la situación educativa latinoamericana en el presente siglo, expresa claramente, en el mejor de los casos, una situación de estancamiento. La problemática educativa se ha mantenido estrechamente vinculada a los modelos económicos que han predominado en la región. Y asimismo, el dominio de determinados modelos ha encontrado su raíz en las características del mismo pensamiento latinoamericano. Es de crucial importancia escudriñar la relación profunda existente en nuestros países entre modelo económico, política económica y modelo educativo. Son partes de un mismo engranaje que condicionan la dinámica de la economía, que permiten o impiden pensar y actuar de una determinada manera dentro de los marcos de la economía y en los procesos reales de desarrollo. Por ello, la reformulación de partida del modelo educativo se basa en la crítica del modelo de desarrollo. No es posible pensar en una reforma profunda de la manera de generar desarrollo (o subdesarrollo) económico sin una transformación radical de la mentalidad y estructura en las que está enraizado el sistema educativo.¹

Una de las bases del fracaso latinoamericano en la búsqueda del desarrollo económico y social sostenido reposa en los modelos experimentados. Entre los años treinta y cincuenta predominó el comportamiento estatal que buscaba

¹ Solari Andrés y Martha Landa (1999).

reemplazar, con su propia actuación, a los agentes económicamente débiles y carentes de iniciativa. Más tarde el Estado se abocó a fortalecer el núcleo productivo interno esperando que, mediante la sustitución de importaciones, se asimilara eficientemente la tecnología que permitiría un real proceso de industrialización. Ante el fracaso de los dos modelos anteriores, el Estado optó por el camino contrario; el neoliberalismo, entendido como la liquidación del Estado regulador y promotor de crecimiento económico. Con este último modelo se ha acrecentado la vulnerabilidad, la dependencia externa y los niveles de pobreza y de miseria.

El fracaso de los modelos económicos experimentados hasta ahora en Latinoamérica se torna más grave en un contexto de transnacionalización acelerada. Paralelamente, y ante la creciente desconfianza en los manejos estatales de los asuntos económicos, surgen una gran variedad de iniciativas microeconómicas empresariales, legales e informales, individuales y comunitarias, dando lugar a formas organizativas originales que encaran con relativo éxito la solución de problemas esenciales. A esta situación se le suma el nacimiento de sectores empresariales más conscientes de su papel en el entorno económico nacional. Ante estas cambiantes circunstancias, el Estado se ha visto incapacitado en lograr una eficaz política económica. De aquí que uno de los retos que se le presenta es visualizar y redefinir a los actuales agentes económicos, incorporando en este proceso el factor educativo y cultural como agentes prioritarios.

Distribución del ingreso nacional y elitismo universitario

Desde la década de los años cincuenta, en que los gobiernos latinoamericanos hacían esfuerzos para lograr el desarrollo industrial, la matrícula universitaria fue incrementándose notablemente, esto duró hasta fines de los años ochenta. Datos de la UNESCO manifiestan para México un incremento de 76,000 (1960) a 1'300,000 (1987). Igualmente, Brasil aumentó la matrícula de 95,000 (1960) a 1'400,000 (1980). Y más o menos lo mismo sucedió con el resto de países de América Latina.² Estos, que pueden ser considerados logros

² El Financiero, 29 de Agosto de 1999, p.19.

educativos importantes, quedan opacados por la falta de una visión integral que sustente políticas complementarias adecuadas.

El principal obstáculo para el logro de un buen sistema educativo no sería la carencia de recursos financieros. Cabe aclarar que México es uno de los países que, en términos relativos destina más recursos al sector educativo que otros países. Se ha señalado que de cada peso de gasto programable que ejerce el sector público, 23 centavos se destinan a la educación, a diferencia del promedio ejercido por países miembros de la OCDE (12.5 centavos), de Brasil (15.3), y de Argentina (12.6).³

Por otro lado, hay que tener en cuenta que, dado el subdesarrollo y la desarticulación entre la Universidad y su entorno productivo, el Gobierno Federal Mexicano financia más del 60% de la investigación científica y tecnológica en el país, mientras que el sector productivo aporta solamente el 18%. Todo lo contrario sucede en Estados Unidos, donde el 68% de la investigación es financiado por el sector empresarial y sólo el 28% lo financia el Estado.⁴ Por tanto, el problema educativo de México no sería tanto un problema de recursos monetarios.

La política educativa ha tenido un carácter elitista desde la aplicación del modelo estatal proteccionista a la actualidad. Los principales gastos en educación se han dirigido a zonas urbanas, dentro de ellas hacia las de más altos ingresos. Asimismo, se han dirigido principalmente hacia la educación superior en desmedro de la secundaria básica y más aún de la primaria.

En efecto, en México, la estructura del gasto por ciclos educativos en las dos últimas décadas nos indica que la participación del nivel primaria en los recursos ha ido disminuyendo a diferencia de los otros niveles, y si bien, el crecimiento del gasto educativo por ciclo ha sido, en promedio similar, el monto gastado por alumno ha sido bastante polarizado, siendo el gasto considerado para la formación de un alumno de posgrado alrededor de cuarenta veces el gasto considerado para un alumno de primaria. No cabe sino recordar que es precisamente la educación básica la que pone los pilares que sostienen al resto de los niveles. (Véase Cuadros N° 1, 2 y 3)

³ El Financiero, 25 de Agosto de 1999, p.45.

⁴ El Financiero, 30 de Agosto de 1999, p.45.

La política de distribución de los recursos por ciclos educativos se expresa nítidamente en la matrícula. Observamos que la estructura de la matrícula por niveles de escolaridad ha variado desde 1960; la participación del nivel primaria ha ido disminuyendo claramente a diferencia de los otros niveles. Esta situación queda corroborada en la tendencia que muestra el crecimiento por niveles. La primaria y secundaria manifiestan un claro decremento. (Véase Cuadros N° 4 y 5). Lo mismo se deduce de otro juego de cifras: el incremento promedio anual en la atención de los alumnos según ciclo educativo entre 1970 y 1995 fue: primaria (1.8%), secundaria (4.8%) y bachillerato (7.8%).⁵

Esta situación de desventaja en que se encuentra la educación básica se manifiesta claramente en el aspecto cualitativo. Los resultados del Examen Nacional del Ingreso a la Educación Media Superior de 1998 muestra que el nivel promedio de calificación es de 41/100.⁶ Por tanto, el primer problema que la Universidad debe resolver es superar la situación que la coloca en el vértice superior de una pirámide que angosta su base (en cantidad y calidad). Si enumeramos las consecuencias de este proceso de elitización estructural de la Universidad, podremos sopesar su importancia:

- (1) Deficiencias profundas de la educación básica respecto al resto del sistema educativo y respecto a la evolución del aparato productivo. Estos desajustes, a su vez, conducen a una descalificación relativa de la fuerza de trabajo y presionan en favor del desempleo.
- (2) El desbalance existente entre la educación básica y la pública superior condiciona una menor calidad académica en las universidades. El estudiantado que ingresa a ellas tiene cada vez menores niveles de formación, información e inquietud intelectual y esto repercute notoriamente en el nivel universitario. Sólo como excepción, las universidades pueden exhibir doctorados de renombre e investigaciones de reconocimiento internacional.
- (3) Las posibilidades de transformar la universidad, impulsando niveles académicos cada vez mejores se ve limitada por el peso de las

⁵ INEGI, Estadística de Educación, Cuaderno N°2.

⁶ El Financiero, 25 de Agosto de 1999, p.38.

deficiencias de la formación estudiantil: deficiencias estudiantiles significan menores exigencias para con los docentes, y a su vez, éstas conducen a profundizar las mismas deficiencias de origen de los estudiantes. Es, en gran parte, una espiral en donde no se puede ver con claridad una salida efectiva.

- (4) La mayoría de los egresados de las universidades estatales están impedidos de tener acceso a los mercados de trabajo más dinámicos y en desarrollo. Por su insuficiente formación universitaria terminal, obtienen colocaciones marginales (más bien, resultan subocupados). Los egresados de las universidades estatales asumen ahora los puestos de trabajo que correspondían antes a los egresados de educación básica, dados los también deficientes niveles de formación a nivel primario y secundario.
- (5) Este movimiento de reemplazo ha implicado que sean las universidades privadas las que asuman el nivel de formación que correspondía propiamente al nivel universitario, haciendo que, como colofón paradójico, el acceso a la instrucción de nivel universitario (o verdaderamente universitario) se vea doblemente elitizado. La primera elitización aparece con el desbalance existente entre la educación básica y la superior, la segunda con la privatización de la educación universitaria, y ya veremos más adelante cómo se triplica sus implicancias elitistas. De esta forma, la privatización universitaria no surge ni se desarrolla únicamente en base a la diferenciación clasista del sistema global, sino que aparece y se sustenta en una educación básica pauperizada y una universidad elitista y demasiado grande en relación a su base. Lo mismo sucede con la educación primaria y secundaria privada. Se ha visto que las calificaciones promedio de las primarias privadas se hallan 41% por encima de las obtenidas en las estatales, y en el caso de las secundarias son 18% más altas.⁷
- (6) Esta situación se ha visto acompañada de un manejo político estatal de los pocos nuevos puestos de trabajo que aparecen a este nivel. Lo

⁷ Véase, Gilberto Guevara Niebla. *México: ¿Un país de reprobados?* Nexos N° 162, 1991.

que ha primado no es tanto el nivel de formación que puedan tener los egresados, sino su nivel de incondicionalidad política con el partido instalado en el poder público o el grado de relación familiar que guarde el egresado con los mandos de decisión ejecutiva dentro de los aparatos burocráticos. La base de este comportamiento clientelista frente a los egresados, se funda en la imposibilidad de los mismos de valerse de su propia formación universitaria para obtener una colocación laboral adecuada.

Las sucesivas restricciones presupuestales sobre la educación superior posteriores, en la segunda mitad de los noventa, no han implicado una reversión de las tendencias mostradas, dado que esas restricciones también han sido realizadas sobre la educación básica.

La gravedad de las consecuencias derivadas del ya señalado desbalance entre educación básica y superior es incuestionable. Si bien no podría necesariamente decirse que es el fundamento único que explica todo este conjunto de seis consecuencias que hemos señalado, podemos afirmar que este "factor" es uno de los fundamentales. La Universidad que fue cuna de la democracia en América Latina, ha sido volcada ahora en contra de la democracia, y ha sido convertida en la demostración cúspide de la antidemocracia dentro del sector educativo.

He aquí entonces que un cambio de la Universidad requiere basarse en una redistribución radical del gasto educativo en favor de la educación básica primaria y secundaria, y elevar realmente la calidad educativa a este nivel. La Universidad, en tal sentido, debe dejar de ser autocomplaciente y desarrollar su capacidad de ver su problemática en vinculación con todos los niveles educativos.

Debilidad de las fuerzas universitarias

Ante la crisis económica que afecta a Latinoamérica desde principios de los años 80, la Universidad reaccionó de dos formas complementarias pero que han sido muy poco fértiles: (1) defensa de sueldos y salarios de todos los trabajadores universitarios, y, (2) defensa del presupuesto para las Universidades. Esto trajo como consecuencia un primer momento de auge del sindicalismo en

las universidades. Se logro defender algunas conquistas e impedir que el salario se deteriorase más de lo previsto por el Estado.

Sin embargo, la defensa de sueldos y presupuestos no fue una primera respuesta sino la forma de responder permanentemente. Toda las últimas décadas han estado marcadas por el defensismo sindical de las remuneraciones universitarias. Ninguna de las fuerzas de la universidad construyó ni asumió un programa de transformaciones como modo de encarar la defensa de la institución. Podrían sacarse ciertos ejemplos para invalidar esta afirmación, sin embargo, sabemos que algunas experiencias han sido sólo parciales y excepcionales. Se asumía por entonces que la Universidad respondía de alguna forma coherente al resto del sistema de dominación, y era sólo factible transformarla en la medida en que el sistema mismo fuese transformado. Cabía, por lo tanto, únicamente hacer la defensa intransigente de las remuneraciones, como esencia misma de todo programa, salvo en aquellas universidades en donde los niveles de manejo estatal justificaban colocar por encima, o al lado, la reivindicación democrática.

En estas circunstancias, el peso de lo sindical (y de la reivindicación salarial-presupuestal) ha ido disolviendo lo académico como esencia misma de actividad de la Universidad como institución, a tal punto de casi desaparecer de la dinámica magisterial como eje de cohesión y de impulso programático. Paulatinamente, lo académico quedó subordinado a lo sindical. Este último nivel de actividad se convirtió en el factor dominante de cohesión y disputa de la vida universitaria a lo largo de las décadas pasadas.

Si bien, la universidad ha seguido produciendo ciencia, tecnología, arte y cultura de primera calidad, inclusive en áreas donde no compiten las universidades privadas, como ciencias puras, matemáticas, filosofía, lingüística, biotecnología, etc., lo mediocre ha ido ganando un peso indiscutiblemente fuerte, no sólo por la primacía de lo sindical defensista sobre lo académico, sino por la doble elitización del nivel universitario.

Al lado de la superación del elitismo estructural en donde ha sido puesta la universidad, es necesario colocar la excelencia académica si es que verdaderamente se desea una universidad popular (aunque el concepto ha sido desvirtuado). La excelencia académica es una reivindicación democrática de

primer orden, con un profundo contenido político. Esta es también la segunda bandera que es preciso levantar.

En cuanto a las fuerzas de la Universidad, el análisis no es alentador. Todas ellas, de una u otra manera, han sido debilitadas a lo largo de las últimas décadas. Tanto el movimiento académico como el sindical de los docentes, al igual que el movimiento estudiantil y el de los trabajadores no-docentes. El sindicalismo se ha desgastado alrededor de la lucha salarial, sin lograr detener el deterioro de los sueldos y salarios reales. Ha fracasado en este intento. En varios países el sindicalismo universitario ha sido uno de los ejes de la manipulación política estatal, sirviendo incluso de trampolín para arribar a cargos públicos, expresando esa tendencia por la cual la Universidad ha devenido en productora eficiente de profesionales incondicionales del poder antes que de académicos y científicos. Lo académico, por este lado, ha quedado también subordinado.

Del lado estudiantil, el movimiento universitario latinoamericano viene mostrando cambios significativos. Por lo general, y en la última mitad del siglo, los movimientos estudiantiles se caracterizaron por su actitud crítica frente al sistema predominante y sus modelos económico y sociales. Hoy se observa un cambio en los elementos que están en la raíz de esta actitud rebelde. Los movimientos estudiantiles de los años sesenta fueron notables, desde diferentes enfoques, por un auténtico y generoso interés en la justicia social y en el desarrollo económico. Sin embargo, este interés fue decayendo en los años ochenta a la par de la represión, de la implantación del modelo neoliberal, del fracaso de las economías centralmente planificadas, de la crisis mundial y del avasallante proceso de transnacionalización y reestructuración mundial.

En los años noventa, los movimientos estudiantiles adquieren un nuevo ímpetu pero los motivos son otros, aunque en muchos casos recurran al uso de los antiguos símbolos. Ahora se trata de un interés más pragmático, es la natural reacción ante un panorama económico, laboral, social y político nada alentador, donde el Estado va perdiendo rápidamente sus capacidades de regulación y protección. La crisis económica no sólo ha cerrado puestos de trabajo y ha reorientado el empleo hacia el subempleo, sino que ha matado toda perspectiva de progreso social. Las esperanzas ya no aparecen al final de la carrera como antes. Estas reacciones las vemos en Ecuador, Argentina,

Venezuela, Chile, Paraguay, Perú y México. Se trata de actitudes de rechazo a lo existente pero sin propuestas que lleguen a la raíz de la problemática. En este sentido, decimos, que los movimientos estudiantiles también se han debilitado.

Así, en condiciones de vida y de estudio verdaderamente difíciles e incómodas para el promedio de los estudiantes, bajo la incertidumbre y desesperanza del futuro, con una universidad que se hace mediocre y un medio social que valora más la "eficiencia" de las relaciones políticas, el estudiantado ha ido desalentándose en el estudio. A esto se agrega el deterioro y "mediocrización" de las universidades públicas. Todo esto pesa negativamente en el espíritu estudiantil.

Esta descomposición del espíritu se extiende a otros ámbitos de la vida del estudiante, destruyendo capacidades de creación y de iniciativa. Quizás sea imposible encontrar otra explicación. Se requiere la existencia de un movimiento estudiantil vigoroso, con empuje, iniciativa, frescura y visión de futuro. Esto muestra pues el cuadro de debilidad de las fuerzas internas a la universidad y sus perspectivas limitadas de producir, por ellas mismas, una transformación consistente de la Universidad a mediano plazo. De aquí que la necesidad de fortalecer a estos actores sociales nos lleve a la pregunta ¿entonces quién transformará la Universidad en esta nueva situación histórica?.

Desarticulación social de la Universidad

Aunque la experiencia por países, por universidades y ramas específicas es muy disímbola, se puede afirmar que la Universidad en Latinoamérica ha vivido desarticulada de su entorno social y económico. Esta desarticulación se refiere a la ausencia de coordinación global sobre el desarrollo de las universidades pensando a futuro respecto a las necesidades que el crecimiento económico plantea, tanto en sus aspectos productivos, como culturales y científicos. Entendiendo necesidades del crecimiento en el más amplio sentido: requerimientos de los sectores populares y de todos los agentes del aparato productivo y social.

En los años 60 este problema no emergía como tal y era planteado sólo de manera colateral, ya que la universidad aparecía engranada a su entorno económico, social y productivo, toda vez que era funcional al crecimiento de ciertas ramas de la economía. Todo egresado encontraba trabajo bien remunerado. La Universidad se desarticula con su entorno a raíz de su elitización, de su doble elitización, que aparece en los setenta, y se despliega con toda amplitud durante los ochenta y noventa.

La elitización entendida como desbalance entre el nivel educativo básico y superior, y como desplazamiento a nivel universitario de instituciones públicas a instituciones privadas, expresó un nivel existente de desarticulación pero al mismo tiempo fue la base del proceso desarticulador. Con niveles de educación básica en deterioro creciente, con una universidad pública donde se antepone lo sindical a lo académico, y frente al avance generalizado de rápida innovación tecnológica de la planta productiva, se fue acentuando la ya existente desarticulación universitaria con su entorno. Las necesidades emergentes fueron asumidas por las universidades privadas que crecieron en forma acelerada, flexibilizándose y diversificándose, mientras las universidades públicas mostraban una escasa creatividad en sus relaciones con la sociedad y se hacían más rígidas y acartonadas.

Hasta fines de los años setenta, las universidades privadas habían cubierto sólo una franja reducida de la formación de nuevos profesionales, más por problemas de tipo ideológico que por virtualidades científicas y técnicas. Sin embargo, más vinculadas con los ejes dinámicos de la economía, las privadas se actualizaron y acomodaron rápidamente a los cambios, captando una mayor demanda del sistema, justo cuando las universidades públicas llegaban a sus extremos de desarticulación. Hoy, a fines de los noventa, las instituciones privadas de educación superior han asumido incluso funciones tradicionalmente correspondientes a las públicas, incluyendo tipo de formación, carreras y funciones de extensión y difusión frente a su entorno. Es decir, se han hecho más universidades en la medida que su mayor articulación las conduce a otro tipo de problemáticas. Podemos hablar entonces de un proceso de articulación de la universidad privada con su entorno, en paralelo con un proceso inverso para la universidad pública.

De esta forma, podemos entender que la desarticulación es parte del mismo problema del crecimiento elitizado de la Universidad bajo el modelo estatal sustitucionista. Sin embargo, las consecuencias de la desarticulación universidad-entorno social y económico, han ido más allá de las que podíamos asignarle al elitismo de la educación superior:

- (1) Desactualización: Al margen de una red de vinculaciones que signifiquen exigencias cotidianas, la única vía de actualización ha reposado en el proceso de formación magisterial.
- (2) Fortalecimiento de la actitud rutinaria y memorista en el aprendizaje: Si bien este problema puede ser superado parcialmente a través de ciertas modificaciones pedagógicas, no se supera sino a través del enfrentamiento de problemáticas concretas en cada rama del conocimiento.
- (3) Desempleo de egresados: Desarticulada y aislada, la universidad pública crea dificultades adicionales a sus egresados para tener acceso al mercado de trabajo.
- (4) De espaldas a los problemas nacionales: Al margen de ciertos esfuerzos de algunas universidades, la tónica básica ha sido que la universidad pública adopte una política de insensibilidad frente a los problemas nacionales y de los sectores más empobrecidos y explotados. Esto se origina no sólo por el ambiente o cultura de la época sino también por el aislamiento y desarticulación de la universidad.
- (5) De esta forma la universidad se ha mantenido privada del alimento intelectual y espiritual que significa la vinculación con las problemáticas reales del país. La carencia de ligazón con el movimiento popular, con las problemáticas más urgentes de nuestros pueblos, ha sido vista desde la Universidad principalmente como una cuestión cuantitativa —el ingreso de una mayoría de alumnos de origen popular— y no como una cuestión cualitativa: el contenido y el espíritu de servicio social y popular en el centro mismo de la vértebra académica de la Universidad.

- (6) Esta desconexión de la universidad trae aparejado un desgaste de recursos en la formación de profesionales que nunca conseguirán trabajo y el de la carencia de otros tipos de profesionales que resultan escasos para los requerimientos contemporáneos. Esto lleva a la necesidad de concertar importantes niveles de planeación universitaria sin vulnerar por ello autonomías.
- (7) La desarticulación de la universidad con su entorno restringe las posibilidades de que la universidad se provea de recursos propios que le permitan ejercer una mayor independencia frente al Estado y a otras fuerzas.

Sin articulación con los problemas nacionales, sin articulación popular ni empresarial, la universidad presenta entonces un tercer tipo de elitización: la que proviene de su marginación intelectual frente a la realidad, la que se origina en su intelectualismo. He aquí que entonces la universidad ha sido triplemente elitizada. Pero este es ahora un elitismo resultante, no un elitismo de origen. Recordemos lo dicho más arriba: el primer elitismo y el más grave proviene de su estructural privilegio frente a la educación básica, el segundo de la indirecta promoción de la universidad privada para que asuma la formación de profesionales de mayor nivel y calidad, y finalmente, la tercera elitización emerge de su automarginación frente a su entorno.

El problema aparece cuando se trata de que esta descoordinación (o desarticulación) sea superada sin que se altere la autonomía universitaria, sobre todo cuando el Estado aparece como el ente coordinador. La forma de resolverlo es independizando a las universidades para mantener y desarrollar múltiples formas de vinculación con todos los agentes económicos y sociales, dejando la coordinación Universidad-Estado como una instancia más del complejo paquete de relaciones que la Universidad debería manejar por cuenta propia. Queremos decir entonces que se debe romper con la idea mítica según la cual toda coordinación con el Estado conlleva una pérdida de autonomía y que el único tipo de relaciones que caben son las de "arrancar conquistas" o negociar con este mismo fin. Esto es cierto sólo si nos movemos en el esquema de pensamiento en el que se forjó la Universidad bajo el modelo estatal sustitucionista de las décadas pasadas. Lo mismo podríamos decir de la necesidad y los peligros de la coordinación autónoma (independiente) entre la Universidad y su entorno.

La relación orgánica e independiente de la Universidad con su entorno permitiría que ella misma asuma un papel redistribuidor de ingresos. La Universidad puede (y debe) actuar a nivel empresarial con suficiente calidad como para proveerse de recursos que le permitan desarrollar proyectos propios (o mancomunados) de desarrollo social, ecológico, tecnológico y económico en zonas marginales y pobres. Se trata también entonces de vincularse a los ejes más dinámicos para implementar proyectos propios. De esto hay ahora ya algunas experiencias, muy tímidas, frágiles, esporádicas y excepcionales. Es preciso generalizarlas si se desea transformar la universidad y superar la desconexión.

Universidad y superación del Estado populista sustitucionista

Un modelo nuevo de Universidad requiere de un modelo estatal también nuevo. Como ya vimos, el modelo estatal sustitucionista originó la distorsión elitista de la universidad pública, promoviendo su mediocridad y desarticulándola con su medio social, económico y productivo. Al interior de las universidades se forjó un reflejo condicionado: frente a toda situación la respuesta giraba en torno a la demanda de mejorar remuneraciones. Este fue el centro de todo el proyecto alternativo, matizado algunas veces de defensa de niveles democráticos y de autonomía. Hubo proyectos de universidades populares, unos más avanzados que otros, pero en general fueron experiencias parciales e incompletas, cargadas muchas veces de exageraciones. El populismo y la mentalidad sustitucionista de las fuerzas sociales, siguen siendo componentes significativos dentro de los aparatos estatales, subordinados por un liberalismo a ultranza.

Creemos que el problema estriba en superar la mentalidad populista receptiva, evadir el liberalismo e instrumentar un programa de desarrollo universitario basado en un diagnóstico radical (autocrítico y no autocomplaciente) de las universidades. Pero para avanzar con mayor firmeza en esta perspectiva universitaria se requeriría de un Estado que cambie su modalidad de actuación hacia uno que apoya exigiendo, que estimula esfuerzos y no se mueve bajo presiones políticas, que racionaliza sus gastos en función del desarrollo global y no en función del crecimiento de ganancias exorbitadas de ciertas ramas de la industria, y que no cree que el único y máximo valor sea la competencia ni la productividad sino la eficacia social de la Universidad. La eficacia se evalúa en

función de objetivos cualitativos e implica y subordina a los conceptos de productividad y eficiencia.

Nadie puede estar en contra de incrementar la productividad. El problema dependerá siempre de la forma en que se responda a la pregunta ¿para qué elevamos la productividad?, pregunta que nos remite al problema de la eficacia. De lo contrario, la crítica al productivismo en lo educativo (y el reduccionismo de todos los males universitarios a un origen productivista) nos lleva al apañamiento de los niveles de ineficiencia y despilfarro en las universidades públicas (que ha sido patente bajo el modelo populista y es aún evidente). La crítica al productivismo y la “defensa” de la actual situación de la Universidad, sin levantar una alternativa de transformación universitaria global, aparece entonces como la defensa de las ineficiencias actuales. Todo esto requeriría, para un mejor desarrollo, de un Estado que no opere en términos del modelo populista sustitutivo pero tampoco en términos del liberalismo.

Mientras tanto la Universidad puede preparar mejores condiciones para su desarrollo. Como hemos dicho, elaborar un programa propio, nuevo, adecuado a las nuevas circunstancias del desarrollo contemporáneo, que actualice a la universidad, vigore y amplíe sus mecanismos democráticos, impulse lo académico a su sitio central de la actividad universitaria, destierre el defensismo frente al Estado, liquide la corrupción sindical, estimule el estudio y la investigación, racionalice sus gastos, presione al Estado para que resuelva los desbalances entre la educación básica y la superior, supere la mediocridad e instaure la real excelencia académica como pauta básica, y se rearticule con todo su entorno social, económico y tecnológico, especialmente con los sectores más pobres.

Como se ve, transformar la Universidad requiere de un conjunto de acciones, todas ellas destinadas a romper con el viejo estilo y modelo. La transformación de la Universidad es la única y mejor manera de defenderla. Se trata de darle un mejor sitio fortaleciéndola como nueva universidad (deselitizada, articulada con su medio y con niveles de excelencia). Todo intento de “defender” lo existente tal como está se constituye en una actitud cargada de conservadurismo. En este sentido, algunos de los acuerdos tomados por la ANUIES podrían significar un paso importante en el mejoramiento de la educación

superior, especialmente en relación al vínculo de las universidades con su entorno y a la diversificación de las fuentes de recursos.⁸ Sin embargo, las tres causas de la elitización existente, que hemos analizado aquí, no han sido consideradas a profundidad.

La transformación de las universidades es un imperativo tan crucial como el desarrollo económico mismo. Los tres hitos que creemos deben orientar esta transformación se resumen en: des-elitizar el sistema educativo, lograr la excelencia académica y articular la universidad con su entorno. Todo lo demás vendrá por añadidura. La capacidad creativa y de superación crítica de la Universidad ha sido puesta a prueba nuevamente. No puede contestar con los viejos clisés ante los nuevos problemas.

Bibliografía

- Fuentes Molinar, Olac (1978). "Enseñanza media básica en México 1970 – 1976", En: *Cuadernos Políticos* N°15, Enero-Marzo, pp. 90-104.
- Guevara Niebla, Gilberto (1991). "México: ¿Un país de reprobados?". *Nexos* N°162.
- INEGI. (1997). *Compendio Estadístico-Gráfico de Educación*
- INEGI. (1994, 1996, 1999) *Estadística de Educación*. Cuadernos N°1, N°2 y N°4.
- Kent Serna, Rollin (1986). "Los profesores y la crisis universitaria". En; *Cuadernos Políticos* N°46, Abril-Junio, pp. 41-54.
- Solari, Andrés y Martha Landa (1999). "Desafíos al Pensamiento Económico Latinoamericano Actual", En: *Economía y Sociedad* N°5, Escuela de Economía, UMSNH, 1999.

⁸ Nos referimos a la Asamblea Anual de la ANUIES (Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior), celebrada el 12 de Noviembre de 1999.

ANEXOS

CUADRO N°1
ESTRUCTURA DEL GASTO POR CICLO EDUCATIVO (%)

Año	Primaria	Secundaria	Bachillerato	Superior	Total
1977	44.97	21.77	13.35	19.92	100
1980	40.64	20.22	14.49	24.65	100
1985	34.38	20.02	17.74	27.86	100
1990	34.84	24.21	17.26	23.68	100
1994	41.62	24.60	13.35	20.42	100

Fuente: Elaborado en base a INEGI, Estadística de Educación, Cuaderno N°4, Cuadro 3.2.

CUADRO N°2
CRECIMIENTO DEL GASTO POR CICLO EDUCATIVO (%)

Año	Primaria	Secundaria	Bachillerato	Superior
1980	0.84	0.90	1.22	1.53
1985	6.27	7.51	9.52	8.71
1990	12.82	15.50	12.27	10.59
1994	2.59	2.05	1.33	1.59

Fuente: Elaborado en base a INEGI, Estadística de Educación, Cuaderno N°4, Cuadro 3.2.

CUADRO N°3
GASTO FEDERAL POR ALUMNO POR CICLO ESCOLAR
(PRECIOS CONSTANTES DE 1990)

Año	Primaria	Secundaria	Bachillerato	Licenciatura	Posgrado
1990	493	1,029	2,239	2,969	22,687
1991	613	1,178	2,416	3,221	21,333
1992	776	1,399	2,062	4,006	30,337
1993	953	1,545	2,685	5,033	34,945
1994	1,041	1,888	3,456	5,891	38,963
1995	909	1,649	3,019	5,145	34,032

Fuente: INEGI, "Compendio Estadístico-Gráfico de Educación, 1997".

CUADRO N°4
ESTRUCTURA DE LA MATRÍCULA POR CICLO EDUCATIVO (%)

Año	Primaria	Secundaria	Bachillerato	Superior
1960	92.68	4.08	1.84	1.36
1970	84.40	9.99	3.10	2.50
1980	73.69	15.24	6.36	4.70
1990	67.12	19.53	8.02	5.33

Fuente: elaborado en base a Rollin Kent Serna (1986) e INEGI, Estadística de Educación, Cuadernos N° 2 (1996) y N°4 (1999).

CUADRO N°5
CRECIMIENTO DE LA MATRÍCULA POR CICLOS EDUCATIVOS (%)

Año	Primaria	Secundaria	Bachillerato	Superior
1970	0.71	3.61	2.16	2.45
1980	0.60	1.80	2.77	2.45
1990	-0.02	0.38	0.36	0.22

Fuente: elaborado en base a Rollin Kent Serna (1986) e INEGI, Estadística de Educación, Cuadernos N°2 (1996) y N°4 (1999).